

Cómo sobrevivir a ocho años de Gobierno

El autor analiza la pujanza de dirigentes que, pese a sufrir años de desgaste, siguen gozando de gran popularidad / De los líderes iberoamericanos que ayer cerraron la Cumbre de Estoril, Lula, Uribe y Bachelet son los más valorados

LUIS ARROYO*

EL MUNDO, 2.12.09

Lula, Bachelet y Uribe son los presidentes mejor valorados del mundo. Hay un indicador homologable en muchos países para medir la apreciación pública de los gobernantes, una suerte de cotización por parte de los ciudadanos de sus respectivos países. Lo llamamos índice de aprobación, y es el porcentaje de población que responde «sí» a la pregunta «¿aprueba usted la gestión del presidente?», con ésta o similar formulación.

En los casos respectivos de Brasil, Chile y Colombia, sus presidentes logran un nivel de aprobación del 78%, una marca especialmente notable tratándose de líderes que han gobernado desde hace siete años, en los casos de Uribe y Lula, o cuatro en el de Bachelet. Es muy difícil ser reelegido con menos de un 40% de valoración, y la reelección se da casi por segura cuando el nivel de aprobación es superior al 60%. Lula y Bachelet no podrán comprobarlo porque no volverán a optar a la presidencia, y Uribe maniobra en estos días para volver a intentarlo por tercera vez, si le dejan, y si tiene tiempo para cambiar las reglas del juego.

¿Existen algunas pautas comunes en la gestión y la comunicación de esos líderes, que expliquen por qué resisten el desgaste de los años? La Universidad Carlos III ha analizado este fenómeno añadiendo a la lista al ecuatoriano Correa, que en el momento de comenzar el trabajo disfrutaba de un índice más alto, pero ahora anda en un modesto 49%, y a Felipe Calderón de México, que está en un 62%. Para que sirva de comparación, el boliviano Morales logra un 60%; Sarkozy, un 53%; Obama alcanza el 50%; Merkel, el 49%; Berlusconi, un 47%; Chávez, el 45%; Sócrates, 40%; Zapatero, un 38%; el peruano Alan García sólo llega al 29% y el británico Brown y la argentina Cristina Fernández de Kirchner andan en la parte baja de la tabla con un 23% de aprobación.

Sí, hay pautas comunes que explican la alta aprobación de los líderes. Por despejar antes alguna hipótesis últimamente extendida, no se trata de la economía. A estos efectos, «it's not the economy, stupid! (¡No es la economía, estúpido!)», que diría James Carville. Bachelet ha tenido problemas serios durante su mandato, con bajadas importantes del nivel adquisitivo de las clases medias. Calderón ha visto cómo la economía mexicana se tambaleaba por el descenso de los precios agrícolas y sufre hoy una brutal caída del producto interior bruto, la más acentuada de Latinoamérica. Uribe y Lula se mantienen arriba aun cuando sus economías se resienten, como las demás, del efecto de la crisis internacional. Por cierto, el país que más crecerá en 2009, Perú, tiene uno de los presidentes, Alan García, menos apreciados por la población.

No, las causas no están en la economía. La historia reciente nos dice que José María Aznar (o Rajoy, si se prefiere) perdió en pleno crecimiento económico. Y Felipe González revalidó su mandato en plena crisis (1993). Lo decisivo no es la recesión, sino cómo responden los líderes

ante las circunstancias del momento, sean las que sean. En particular, el relato que nos cuentan, el tono que adoptan al narrarlo, y la escenografía que escogen.

Los líderes más valorados del mundo tienen un relato. Lula cuenta un relato de justicia social y lucha contra la miseria. La narrativa de Bachelet es la de la modernidad y la política social. Y la de Uribe, quizá la más poderosa, la historia del justiciero comandante en jefe que lucha contra los enemigos terroristas y narcotraficantes; el mismo relato de Calderón y parecido al de Bush hijo hasta que se volvió inverosímil.

Primero, pues, hay un relato que cada líder sostiene. En el relato hay antagonistas, pero son enemigos de la nación, y nadie duda de ello. La pobreza es un enemigo de los brasileños. Los terroristas y narcos, un enemigo de los colombianos y los mexicanos. El subdesarrollo, de los chilenos. Correa y Morales, y mucho más Hugo Chávez, han dividido a sus países en dos mitades, y ésa es una estrategia arriesgada, porque tu victoria depende del tamaño de tu bando. Es preferible escoger a un «enemigo» externo para que el relato sea nítido, compartido y movilizador.

El relato no es la lista de las políticas que se aplican. La gente no entiende de políticas. Entiende de valores. El relato debe sintetizar, pues, el pasado, el presente y el futuro de la nación. Debe ser una llamada a la acción en torno a los valores: valores, por ejemplo, de justicia social (Lula), igualdad de oportunidades (Bachelet) o fuerza (Uribe y Calderón). Las «100 primeras medidas», esa lista tan del gusto de los políticos, no sirven para mucho a la mayoría de los ciudadanos y ciudadanas de a pie.

Sirven los valores que esas medidas ensalzan y los principios que encarnan.

Segundo factor Lula: el tono. No se verá a Lula, Bachelet, Uribe o Calderón en tono negativo. Son positivos, no atacan explícitamente a sus adversarios políticos (de hecho ni siquiera los nombran), y siempre buscan vías de encuentro y consenso (en Chile incluso con nombre propio: «Concertación»). El tono ha de ser realista, pero optimista, apelando siempre a la unidad de la nación y a la solidaridad al abordar los desafíos colectivos. Nuestros grandes líderes no se enzarzan en pequeñas reyertas: están por encima de ellas, lo que con frecuencia enerva a la oposición política.

La paciencia es el tercer factor Lula. El dirigente brasileño, Bachelet y Uribe han pasado por etapas difíciles, con descensos en la aprobación muy acentuados. Bachelet, por ejemplo, llegó al 39%, y Lula llegó a estar en el 25% cuando aparecieron casos de corrupción a su alrededor. Se puede recomponer la reputación con cierta tenacidad y con inteligencia. Generalmente, el secreto es no ceder, sin perder la elegancia en la respuesta.

Los líderes deben ser fuertes, pero también cercanos, y éste es el cuarto factor Lula. A él le hemos visto decenas de veces con los pobres, los trabajadores, los jóvenes, las mujeres, los niños. Lula es de carne y hueso cuando llora frente a la cámara. Bachelet, en realidad una aristócrata de la política, ha bajado al terreno a menudo y ha afrontado de manera inmediata los conflictos. Uribe monta consejos comunales en los departamentos, y habla de tú a tú con cada uno de los asistentes. Calderón, algo más lejano, ha emulado a su colega colombiano más

modestamente. Si la historia va de fuerza, veremos al líder (Calderón y también Uribe) vestido con ropa militar, o quizá con botas camperas y embridando a un caballo.

Los líderes se saben actores que encarnan a la nación, y aquí llega nuestro quinto factor Lula: administran sus apariciones, están siempre en el lugar cuando hay dificultades, y son solemnes cuando toca. Anuncian con buena manufactura sus políticas, vinculándolas a desafíos colectivos y a valores universales.

A partir de ellas sus gobiernos van presentando los capítulos del relato, con sentido, argumento y en las dosis adecuadas. La opinión pública se configura en el escenario de la televisión, y los grandes líderes lo saben y administran su actuación. Hay aún quienes creen que la comunicación va después de la política. Los líderes grandes saben que la comunicación es parte esencial de la política y debe estar en su origen y su desarrollo. Y saben también que un buen espectáculo edificante sólo puede ponerse en escena con el equipo, las técnicas y los recursos adecuados.

*Luis Arroyo es presidente de Asesores de Comunicación Pública.